

JOSÉ MARÍA CABALLERO GONZÁLEZ

II Premio Cultural "Javier Cortes - La Olmeda"

El Santuario de Nuestra Señora del Valle de Saldaña

Historia y Leyenda

DL-F 7831

SALDAÑA 2014

JOSÉ MARÍA CABALLERO GONZÁLEZ

II Premio Cultural "Javier Cortes- La Olmeda"

**El Santuario de Nuestra Señora
del Valle de Saldaña**

Historia y Leyenda

**Texto íntegro entregado para la edición del documento
audiovisual en DVD, producido por encargo de La
Cofradía titular por Luis Montes Marcos, con la voz de
Ángel Luis Barreda Ferrer**

Saldaña 2014

T. 1772741
C. 73718979

Contracubierta

Lápida funeraria de la Saldaña romana que se conserva en el Santuario del Valle.

Fotografía de Óscar Barba Echevarría.

Capítulo I

Por la villa de Saldaña.

Fotografía de Óscar Barba Echevarría.



Depósito legal P. 301. 2014

© José María Caballero González

Impreso en Reprografía Huerta del Rey. Valladolid

Formato en cm 14,8 x 21



I

POR LA VILLA DE SALDAÑA



Saldaña, encrucijada y encuentro de los viejos reinos de León y de Castilla, sellado al final de primer milenio con las alianzas entre Diego Muñoz, que gobernaba el condado, y Fernán González, el conde castellano.

Saldaña, plaza mayor de sus pueblos solariegos y de un amplio alfoz formado por las ricas comarcas surgidas en torno al río Valdavia, al débil caudal del Ucieza, al remanso de la Valdecuriada, La Vega, ancha ribera del Carrión en su curso medio, y La Loma, altiplanicie de tierras de panllevar.

Fecunda llanura, esta tierra, ondulada, a veces verde de jugosos labrantíos, a veces rojiza en los barbechos arcillosos o en los reflejos del sol poniente cuando camina hacia los valles del Cea y

del Valderaduey. Gentes amantes de la libertad y del trabajo, que en las épocas más duras del feudalismo reinante, no se dejaron humillar por ningún señorío.

Como símbolos del más puro saldañismo se cobija la ruta que va desde la plaza Vieja hasta la iglesia de San Pedro, ahora Museo Monográfico de la Villa Romana de la Olmeda.

La Plaza Vieja, perfectamente cuadrangular, totalmente porticada, fascinante ejemplar que arquitectura rural de Castilla y de León, exhibe blasones de la pequeña nobleza y un suelo de cantos rodados. Habitada en otro tiempo por clérigos, curiales y mercaderes.

En la Edad Media se fue consolidando un importante mercado los martes de cada semana con productos del campo y ganados de toda clase especialmente vacuno. Dejó su influencia en la configuración del núcleo urbano con denominaciones como plazas del mercado, del trigo, del lino o calle de la cuatropea.

II

UNA ERMITA DE LEYENDA



Estaba lejos la férrea justicia que impuso Leovigildo a la ancestral Saldaña, haciendo acuñar moneda con el lema "*Saldania iustus*", cuando, en el año 750, llegó otro monarca bajo el signo de defender la fe cristiana. Era Alfonso, el primero de este nombre de la nueva Hispania. Descendía de las montañas de Asturias caminando implacable para liberar el territorio del poder musulmán. Llegó a Saldaña, divisó las torres de su castillo y acampó en un Valle: hondón entre dos recuestos poblados por robles y espinos.

Algunos intentos de conquistar la plaza fueron fallidos. En el sosiego de la noche, cuenta la historia no escrita, hecha por el pueblo, que el monarca tuvo la visión de organizar una estrategia para conquistar la fortaleza y romper el asedio, que duraba cuarenta días.

Lo gobernaba Yuhed Ben-Ali, conocido como la saña de Alá. En una noche de descanso, a su sueño llegó la presencia de la Virgen María y le señaló el modo cómo podía hacerse dueño de la sólida fortificación a través de una puerta oculta, situada en la ladera del poniente junto al río. Por ella se ascendía a un subterráneo que conducía al interior.

Aquel castillo, arrebatado a los seguidores de Alá, contemplaría después la muerte de una reina castellana y la boda de un emperador leonés.

El Rey, en señal de gratitud, mandó edificar, en el lugar en que había sido iluminado con el favor divino, una ermita y colocó en ella la imagen de Santa María que llevaba en su cabalgadura.

Alfonso I se distinguió por construir y restaurar templos cristianos. Bien pudo ser uno de aquellos el que bajo la advocación de Santa María del Valle erigió en las proximidades de Saldaña.

III

LA VIRGEN DELVALLE Y SU SANTUARIO



El momento históricamente riguroso en que se edificó la ermita es sumamente confuso. Quizá existió en la época de Ramiro II. El ilustre historiador Julio González lo sitúa como probable en el siglo XI; época del triunfo de la advocación mariana, o acaso antes si bien no ve necesidad de relacionar la imagen con fantásticas batallas.

El primer documento fiable se data en el año 1148 en el que el Emperador Alfonso VII donó Santa María del Valle al Monasterio de Sahagún "*Amore Dei et mortis timore*" en favor de su alma y la de sus parientes.

Tres siglos después, el "*Becerro de Presentaciones*" de la Diócesis de León lo documenta dentro del arcedianato de Saldaña como

“E Sancta María de Val. De Sant Fagundo. Priorazgo. E non ha feligresía nin faz foro”.

En el medievo, el Santuario aparece vinculado a magnates saldañeses. Doña Mayor, ilustre dama, abadesa en el Monasterio de San Pedro de las Dueñas, fundó en él un convento donde murió y fue sepultada. Fernán Ruiz de Saldaña, adelantado mayor de Castilla, señor de Saldaña y su tierra, decidió retirarse de la vida política y se estableció en la casa del Valle.

La devoción popular transformó el abadengo en señorío de la Villa y a su justicia y regimiento como patrono único. La jurisdicción canónica pasó a la Parroquia de Santa María de Valfrío y, al desaparecer ésta, a la de San Miguel.

El Ayuntamiento, en el siglo XVII estableció una fundación sobre la ermita, que luego, el año 1914, fue modificada de modo más acorde con las necesidades religiosas y sociales del momento.

Son numerosas las modificaciones que sufrió el templo a lo largo de su historia.

La configuración actual arranca de finales del siglo XVII.

La capilla mayor fue sustituida por un sólido camarín cuadrangular de piedra de sillería. El interior se decoró con motivos arquitectónicos de estilo barroco. El artífice dejó testimonio de su autoría, inscribiendo, en la parte superior del muro orienta: *“El maestro Manuel Conde iuraz, faciebat. Año 1693”.*

La bóveda se cierra con una linterna octogonal. Presenta una balaustrada puramente decorativa, dividida en ocho partes. Cada una, con hornacinas de yesería, acoge imágenes de ángeles de madera policromada.

Los muros presentan diversas hornacinas, también de rica sillería, con imágenes de madera policromada. En el centro de cada uno de ellos está situadas las de San José, San Joaquín y Santa Ana.

Iluminan el camarín doce lámparas metálicas pendientes de otras tantas gárgolas o mascarones. Las primitivas fueron robadas por las tropas francesas y sólo dejaron dos de distinta forma. Si la francesada pasó ligero por el Santuario, no así por el convento de los frailes mínimos que lo destruyó.

El suelo presenta mosaicos fabricados en Japón con nácar y porcelana.

La magnífica reja de hierro forjado que protege el camarín fue fundido en 1670 por un maestro de Astorga.

Un incendio, ocurrido el año 1918, destruyó el baldaquino y afectó a gran parte de la imagen. La tristeza inundó el corazón de la ancha tierra saldañesa, lo que aprovechó el aspirante a diputado a Cortes por el Partido Judicial de Saldaña, Félix Abásolo. Ofreció su restauración si salía triunfante en la lid electoral. Consiguió el acta y, lo construyó de nuevo. Resultó un excelente ejemplar barroco sostenido por cuatro columnas salomónicas pareadas que albergan en medio uno de los cuatro evangelistas.

El frontal del baldaquino, donde había una mesa de altar, como en los otros tres lados, representa el escudo de Saldaña con dos floreros laterales, confeccionado con teselas de caliza y mármol, obra del mosaista de la Villa Romana de La Olmeda, Donaciano Ríos.

Lo que quedó de la imagen después del incendio, tuvo difícil recomposición. Sobre la talla de madera se montó un soporte para dotarla de más altura, y el rostro adquirió una nueva expresión. Recuperó su dignidad estética dotándola de elegantes vestidos y mantos, regalados en su mayor parte por devotos, que forman una bella colección.

La primitiva torre era de escasa altura, construida con ladrillo de gusto mudéjar, semejante a la de muchas iglesias de la comarca. Su modesta hechura contrastaba con la amplitud y el volumen del resto del edificio.

En el año 1954, quedó definitivamente configurada la fábrica del Santuario. Se elevó la torre, rematándola con una linterna que reproduce la del camarín y cubriéndola de piedra procedente de Becerril del Carpio. Años después, adquirió una contextura completa al añadirse a las dos campanas existentes diez, fabricadas en la fundición Quintana, de Saldaña.

Si el presbiterio muestra un discreto lujo, el resto del templo es sobrio en cada una de las tres naves, rematadas en bóvedas de diversos estilos. De la del crucero cuelga una lámpara señorial del siglo XIX, de cristal tipo "*La Granja*".

En la cabecera de las naves laterales del templo hay sendos retablos semejantes de estilo barroco. Fueron construidos en el año 1720 por José de Mata, vecino de Becerril y Gregorio Portillo, de Palencia, decorados por los vallisoletanos Manuel Gómez y Pedro de Acuña.

Los cuadros se deben a Diego de Verdaño, vecino de Sahagún.

El del altar de la nave de la epístola representa la aparición de la Virgen con el Niño a San Francisco y, en la parte superior, San Rafael y dos Virtudes. El de la del Evangelio muestra una imagen de San Jerónimo y el de la parte superior San Gabriel también con dos Virtudes.

La imagen de la Virgen que llegó hasta el incendio de 1918, se vistió por primera vez en torno a 1624, colocándola una corona imperial de plata dorada. Albergaba en su interior una pequeña talla de madera policromada que representaba a María con el Niño sentado en sus rodillas.

El fervor de los fieles devotos llevó a situaciones de tal grado de irreverencia hacia la imagen que el arcediano de Saldaña ordenó, bajo pena de excomuniación mayor, que ningún fiel devoto quitase los velos y cortinas que estaban delante.

La santa imagen del Valle muestra en sus brazos la maternidad fecunda y en su mirada se percibe un manantial de esperanza.

El remanso interior del templo parece contagiado del ascetismo monacal del humilde Oveco o de los exvotos que dejaron escritos desconocidos peregrinos en el muro postrero.

Bajo su manto es continuo el fluir de personas que sellan su compromiso nupcial.

La pradera se ilumina con la algarabía de invitados. Una inoportuna cucaña prendió fuego en uno de los dos cipreses de centenaria presencia. Quedó su incorruptible compañero como lanza vigilante en medio de la masa verde de la arboleda.

Finalizaba el siglo XIX, los saldañeses Germán Álvarez Manso, canónigo en Segovia, y Ceferino Bahillo, párroco de la Virgen de la Paloma de Madrid, acordaron dotar a la imagen de nuevas andas. Aportaron la mayor parte del coste, completado por suscripción popular. Se adquirió una bella pieza de plata meneses. Como baldaquino flotante, se ha erigido en símbolo distintivo y peculiar la Nuestra Señora del Valle.

Desde inmemorial tiempo forman parte del cortejo procesional, acompañando a la imagen, los danzantes. Es un grupo, al principio formado por doce jóvenes, y luego por ocho, el chiborra y el palero. Marchan delante de las andas bailando bajo el ritmo de la dulzaina y el tamboril. De trecho en trecho ejecutan lazos de paloteos que interpretan variadas coplas de rico sabor tradicional.

En medio de la austeridad y el recogimiento del recinto, en el muro de la nave derecha, se ofrece la imagen de Cristo crucificado y muerto, de impresionante rostro, producto de un imaginero de la escuela castellana del Siglo de Oro. A su lado la Virgen y San Juan, pequeñas tallas del renacimiento tardío, forman un Calvario.

El Cristo del Valle llegó al Santuario el año 1933. Fue donado por Emilia Osorio de La Madrid, del linaje del marquesado de La Valdavia. Procedía del convento de los Basilius de Bárcena de Campos y de la casa solariega de los de La Madrid.

Junto al dosel del Crucificado, la reliquia del monje Oveco, que es de medio brazo.

Fue Oveco un humilde clérigo del Monasterio del Valcavado, situado a una legua de Saldaña, aguas arriba del Río Carrión. Los lugareños le tuvieron por Santo.

En el año 970, copió los comentarios al Apocalipsis de San Juan que había realizado el Beato de Liébana. El códice está escrito en letra visigótica, contiene ochenta y siete miniados con un estilo pictórico mozárabe. Las imágenes son una completa alegoría, y recogen escenas de la época, como la poda de la vid, la siega, actos de vasallaje al rey, jinetes y guerreros. Los ropajes y utensilios reflejan costumbres árabes.

El obispo de León, Bartolomé Santos de Resoba, natural de Santervás de la Vega, considerando que el Valle era centro singular de la religiosidad de la tierra saldañesa, dispuso que la reliquia de San Oveco fuera trasladada desde la iglesia de este lugar hasta el Santuario. Para llevar a efecto el traslado dio comisión al cura de San Pedro, y al Ayuntamiento para que se hiciese cargo de la reliquia en depósito.

El 19 de junio de 1635 partió una magna procesión desde Valcavado portando la reliquia y el

pendón parroquial. Seis hachas ardieron en el recorrido y se recaudaron 220 reales de limosnas.

Si el fuego quebrantó la escultórica imagen, pocos años después el providencial destino quiso que fuere coronada con las mayores glorias de la fe cristiana. El 24 de mayo de 1930 la Santa Sede despachaba una bula pontificia: se decretaba que la preclara e insigne imagen titulada Nuestra Señora del Valle de Saldaña "*aurea corona solemni ritu esse decorandam*".

El 8 de septiembre, en un acto de la máxima solemnidad, el nuncio de Su Santidad, Federico Tedeschini, en presencia de los obispos de León, Palencia y Coria (el valdaviés Dionisio Moreno), colocó sendas coronas en las imágenes de la Virgen y del Niño.

Fueron confeccionadas en el taller de orfebrería de Félix Granda de Madrid. Están forjadas en oro y piedras preciosas donadas por fieles devotos, y el artífice cobró 12.500 pesetas.

IV

CULTOS A LA PATRONA EN TORNO A SU FIESTA



La conmemoración de la Natividad de María, el 8 de septiembre, como fecha consagrada a Nuestra Señora del Valle, fue institucionalizada con carácter netamente religioso a principios del siglo XIX. En el sentir popular era *“El Día del Valle”*. Al Santuario acudían en Corporación el alcalde con los regidores y multitud de fieles comarcanos.

Llegó el año 1860 y numerosos vecinos: letrados, comerciantes y menestrales pidieron que se celebrase una sesión de baile para agasajar a los forasteros a cargo de la recién constituida sociedad

filarmónica. Fue el comienzo de una celebración anual cargada de sentido religioso y pródiga en festejos laicos. Todo un conjunto de alegría ciudadana que pasó al siglo XXI con el rango de "*Fiesta de Interés Turístico Regional*".

El Día del Valle, durante muchos años, compartió en fastos con la rogativa que la Comunidad de Villa y Tierra celebraba en el mes de mayo. Era el "*Día de los 25*". Los lugares solariegos acudían con sus espléndidas cruces parroquiales, imágenes y pendones por caminos y veredas, batiendo las brisas matinales hasta el Santuario para oír misa y sermón. Nació este peregrinar a principios del siglo XIX y permaneció como "*Voto de Villa y Tierra*" hasta el año 1969: las campanas del Santuario dejaron de convocar a los lugares de la tierra a cumplir el rito ancestral.

La conmemoración del día del Valle está marcada por un itinerario que arranca el último domingo de agosto.

La imagen sale procesionalmente del Santuario. Al llegar a la entrada de la villa, el Ayuntamiento la recibe con honores de alcaldesa. La procesión camina lentamente escoltada por los ritmos de los danzantes y los acordes de la Banda de música.

Transcurre por la Calle de Ricardo Cortes, la Plaza del Lino y entra en la iglesia parroquial de San Miguel donde es colocada en el Altar Mayor. Posteriormente se celebra un novenario, antes completado con los sermones de un predicador de campanillas.

El día 6 de septiembre, como colofón del novenario, la imagen recorre procesionalmente el casco histórico. Un reencuentro anual con humildes casas y edificios que fueron solar de hidalgos. Llega la procesión a la Plazuela de San Pedro donde se dan cita la iglesia y las casas solariegas de los Gallo y de los Gómez de la Vega. La imagen se detiene y los danzantes ejecutan un paloteo. Prosigue por la Plaza del Marqués de la Valdavia y la Calle de Bernardo del Carpio para llegar a la Plaza Vieja donde recibe copiosos ramos de flores. Tras pasar por La Puentequilla, rincón del más puro casticismo saldañés, la multitud se amplía en la antigua Plaza del Mercado y finaliza el paso triunfal en la iglesia de San Miguel.

Han concluido el novenario y los cultos que Saldaña ha tributado a su Virgen. Tiene que regresar al Santuario y lo hace cuando cae la tarde. Hasta el año 1962 la imagen se trasladaba el día 8 por la mañana, pero el Patronato acordó que se hiciera la víspera para que estuviera en su trono, ya desde el alba, el día de su fiesta.

Marcha la procesión hacia el puente mayor por la antigua Calle de la Zapatería, hoy Conde de Garay. Al llegar donde estaba el portazgo, se produce un giro hacia el norte, por la Avenida de los Reyes Católicos, junto al barrio de Triana. Se hace de noche y se encienden antorchas y luminarias. Ya en la pradera, las campanas sueltan un trepidante sonido y numerosos focos de automóviles y sonidos de bocinas reciben a la Patrona, que se introduce en el templo al son de la dulzaina y los pasos de los danzantes.

Llega la festividad de la Natividad de la Virgen María, el mágico 8 de septiembre. Las últimas brisas matinales del verano se extienden por el Valle. Avanza la mañana con multitud de peregrinos, y la torre blanca recoge los rayos del sol. Se inicia la fiesta. La multitud se cobija bajo la arboleda irisada por una leve brisa. La venerada imagen se sitúa bajo el dosel de un cielo limpio. Los fieles oyen la misa, concelebrada por sacerdotes de los antiguos arciprestazgos Vega de Saldaña, Loma de Saldaña y Valdavia, a veces presidido por el prelado de la Diócesis palentina.

Terminada la liturgia eucarística, el alcalde saluda a las autoridades y damas de honor que han ocupado la presidencia. Santa María del Valle, rodeada del pueblo, se abre paso por la alameda, lenta y pausada, llevada a hombros por gentes de la tierra saldañesa que han podido hacerlo después de haber licitado sobre cada uno de los brazos de las andas. En el itinerario, muchos devotos pugnan por ir junto a la imagen: albergan en su interior una plegaria o un sentimiento de gratitud por favores recibidos de la Reina del Valle. Al final, la ofrenda de algún cordero que, en tiempos aún no lejanos, era copiosa.

El rito procesional ha dado fin. La Imagen retorna al templo. Numerosos devotos se acercaran a besar el manto en un desfile reverencial que durará todo el día.

Voces, susurros y silencios se van extinguendo, esperando un nuevo año en que el nacimiento de Santa María se volverá a celebrar en el recóndito Santuario del Valle extramuros de la villa de Saldaña.



